



GOTAS DE OXÍGENO EN LA DIARREA INFINITA

Muy de cuando en cuando surge alguien que, pese a la convivencia con un rebaño de cerebros paralizados, se convierte en una bocanada de aire fresco.

Son bastantes los congresos con ponencias y las zancadillas a mala idea que tienen que sortear, además de cansinos recorridos por pasillos inhóspitos y largas jornadas sentados en sillones incómodos que tienen que soportar, los seres ambiciosos que se inician en una vida académica. Amén de quedarse secos y sin saliva repitiendo hora tras hora, año tras año, ante una multitud anónima y generalmente indiferente, el abecedario de su correspondiente especialidad. Ahora bien, después de aguantar estoico esta tortura masoquista, llamémosla seudointelectual, el ser ambicioso sabe de sobra que, encima, no tienen asegurado el dorado triunfo: son muchos, muchísimos, los que se quedan a medio camino y se tienen que tragar a solas su desencanto y su frustración por no haber llegado a alcanzar lo que creyeron era la panacea de la sabiduría. Otros, los menos, lo siguen persiguiendo hasta la muerte con empeño machacón, con artes de baja estofa, se cuelan en todo tipo de lides y no dudan ni un segundo en utilizar argucias mafiosas para torear el sadismo acumulado de algunos de los que ya están arriba. Y toda esta mala quina para entrar a formar parte de uno de los reinos del prestigio burócrata. Puede ser dudoso que valga la pena.

Hay un dicho asimilado por los miembros de la sociedad internacional (el consabido "publica o perece") que no sólo se mantiene, sino que, en los últimos años, se ha multiplicado hasta el infinito. Entrar en esta rueda de producción diarreaica genera con frecuencia insomnios, pesadillas y más de un ataque de pánico. Pero estas consecuencias físico-psicológicas son lo de menos, lo peor es cuando cerebros muy bien dotados en un principio se transforman en máquinas incapaces de pensar una sola microidea original: revuelven, amasan, ordenan,

clasifican, y vuelta otra vez a lo mismo cortando, pegando y reconstruyendo lo ya dicho por otros. Estos cerebros paralizados se llegan a sentir muy sabios y a la cabeza de la ciencia, disfrazando, cuando no plagiando, los modelos y conclusiones de sus antepasados y colegas. Total, un aburrimiento supino que anula toda la frescura y savia que traen consigo las nuevas generaciones.



Elena F. L. Ochoa

Ocurre que llega un momento que este "publica o perece" se convierte en la droga que alimenta el delirio megalomaniaco de algunos de estos seres ambiciosos a los que me refería al principio. Y además es curioso que la cultura y la nacionalidad no dota de ninguna variable diferenciadora a estos especímenes: ya pueden ser de Hong Kong, de Estocolmo, de San Francisco o del Congo belga, su actitud ante lo que *debe* saber y hacer un académico es exactamente la misma. Muy de cuando en cuando surge, en esta estepa monótona sin interés,

alguien que, pese a la presión y necesaria convivencia con este rebaño de cerebros paralizados, mantiene el tipo y se convierte en una bocanada de aire fresco, en el oxígeno imprescindible para no desertar. En mi vida profesional me he encontrado con un pequeño puñado, todos ellos también con características comunes: les invade siempre una curiosidad insaciable, una ambición humilde y exhala tal candor humano que, sin darse cuenta, es el escudo que les defiende de las puñaladas resabiadas de los malintencionados. A esta gente, genuinamente sabia, es bastante improbable encontrarla en congresos, tampoco frecuenta pasillos ni lleva el maletín al jefe, está hecha de un material tan resistente que no hay tormenta que pueda con ella: a la megalomanía responde con humildad, a los ataques de pánico agresivo con calma y con buenas dosis de honestidad. A esta gente, curiosa y sabia, no le falta nunca saliva ni ánimo para enseñar, con el mismo impulso que el primer día, a las nuevas generaciones, y selecciona con ojo clínico envidiable la chispa escondida en la aborregada indiferencia. Esta gente es la bomba de oxígeno que hace que todavía valga la pena la enseñanza, la investigación y la academia.

Todo lo dicho hasta aquí son impresiones entrecortadas que escribo mientras escucho a un profesor barrigudo y soportífero venido de Sidney que, con un tono más que solemne, nos presenta una ponencia pesadísima en un congreso internacional. Mientras, seres embobados escuchan absortos entre cabezada y cabezada. Me ahogo y salgo disparada con otros dos colegas en búsqueda desesperada de nuestra bocanada de aire particular. □